

CAPITULO VIII

Por qué accidente se ve precisado Gil Blas á buscar nuevo acomodo

Esta fué la historia que contó don Pompeyo y que oímos el criado de don Alejo y yo, aunque nos mandaron que nos retirásemos antes que la principiase. Hicimoslo así; pero nos quedamos á la puerta de la sala, que de propósito dejamos entornada, y pudimos oír todo lo que dijo, sin perder una sola palabra. Prosiguieron después bebiendo aquellos señores, y se separaron antes del día, porque como don Pompeyo había de hablar por la mañana al ministro, era razón que le diesen tiempo de reposar algún tanto. El marqués de Zenete y mi amo se despidieron de aquel caballero, abrazándole y dejándole con su pariente.

Nosotros por esta vez nos acostamos al amanecer, y al día siguiente mi amo me honró dándome otro nuevo empleo.

— Gil Blas, me dijo, toma papel, tinta y pluma para escribir dos ó tres cartas que quiero dictarte, pues te hago mi secretario.

— ¡Bravo!, dije entre mí: esto se llama acrecentamiento de encargos. Llacayo para ir detrás de mi amo á todas partes, ayuda de cámara para ayudarle á vestir, y secretario para escribirle las cartas, dictándome su señoría. El cielo sea loado por todo. Voy, como la triforme Hécate, á representar tres muy distintos personajes.

— Tú no sabes, prosiguió mi amo, qué fin llevo en escribir estas cartas. Voy á decírtelo; pero sé callado, porque te va la vida en ello. A cada paso tropiezo con gentes que me apestan alabándose de sus felices galanteos, y yo quiero sobrepujar á su vanidad, para lo que he pensado llevar siempre en el

bolsillo varios billetes fingidos de diferentes damas, y leérselos cuando ellos hagan necio alarde de sus triunfos. Esto me divertirá un rato, y seré más dichoso que todos mis compañeros, porque ellos solicitan esas fortunas sólo por tener el gusto de publicarlas, y yo tendré el gusto de referirlas, sin los malos ratos que trae consigo el pretenderlas. Pero tú, añadió, procura desfigurar tu letra, mudando la forma de manera que los papeles no parezcan escritos de una misma mano.

Tomé, pues, pluma, tinta y papel para obedecer á don Matías, quien me dictó un billete en los términos siguientes:

«Anoche faltaste á tu palabra, y no te dejaste ver en el sitio concertado. ¡Ah, don Matías!, no sé qué podrás decir para disculparte. Grande ha sido mi error; pero bien has castigado mi vanidad y la ligereza con que creía yo que todas las diversiones, y aun todos los negocios del mundo, debían ceder al gusto de ver á — *Doña Clara de Mendoza.*»

Después de este billete me hizo escribir otro como de una dama que ponía á un gran señor por amor á su persona; y otro, en fin, en el cual otra dama le decía que, si estuviera segura de su discreción, harían juntos el viaje de Citea. No contentándose con hacerme escribir unos billetes tan bellos, me obligaba á que los firmase con el nombre de varias señoras muy distinguidas. No pude menos de decirle que la cosa me parecía demasíadamente delicada; pero me respondió secamente que nunca me metiese en darle consejos, mientras no me los pidiera. Vime precisado á callar y á obedecerle. Acabóse de vestir, ayudándole yo; metió los billetes en el bolsillo, y salió de casa. Seguile, y fuimos á la de don Juan de Moncada, que tenía convidados aquel día á cinco ó seis caballeros amigos suyos.

Hubo gran comida, y reinó en toda ella la alegría, que es la salsa mejor de los banquetes. Todos los convidados contribuyeron á mantener divertida la conversación, unos con chistes, y otros contando aventuras que ellos decían haberles sucedido. No malogró mi amo tan favorable ocasión de hacer lucir los papeles amorosos que me había hecho escribir. Leyólos en alta voz y en tono tan natural, que, á excepción de su secretario, todos los demás pudieron tenerlos por muy verdaderos. Entre los caballeros presentes á tan descarada lectura, había uno que se llamaba don Lope de Velazco, hombre grave y de juicio, el cual en vez de celebrar como los demás las imaginarias fortunas, preguntó fríamente á mi amo si le había costado mucho hacerse dueño de la voluntad de doña Clara.

— Menos que nada, le respondió don Matías, pues ella fué la que dió los

primeros pasos. Vióme en el paseo; prendóse de mí; mandó que me siguiesen; supo quién yo era; escribióme, y citóme para su casa á la una de la noche, cuando todos estaban durmiendo. Fuí allá, introdujéronme en su cuarto... Lo demás no permite mi prudencia que lo diga.

Cuando don Lope de Velazco oyó aquella lacónica relación, se turbó tanto, que todos se lo conocieron, y no era dificultoso adivinar lo mucho que se interesaba en la honra de aquella dama.

— Todos esos billetes, dijo á mi amo mirándole con semblante airado, son enteramente falsos, en particular el de doña Clara de Mendoza, de que tanta ostentación hacéis. No hay en España señorita más recatada y honesta que ella. Dos años ha que la obsequia un caballero que no os cede en nacimiento ni en prendas personales, y apenas ha podido conseguir de ella los más inocentes favores, siendo así que se puede lisonjear de que, si fuera capaz de conceder alguno, á ninguno otro sino á él se los concedería.

— Y ¿quién os dice lo contrario?, replicó mi amo en tono burlón. Yo no me aparto de que es una señorita muy honesta: también yo soy muy honesto caballero; conque debéis creer que nada pasaría que no fuese honestísimo.

— ¡Oh!, eso ya pasa de raya, interrumpió don Lope. Dejémonos de chanzas: vos sois un impostor, y jamás doña Clara os dió cita para de noche: no puedo tolerar que manchéis su reputación. Tampoco á mí me permite ahora la prudencia deciros lo demás.

Y diciendo estas palabras, miró con arrogancia á los concurrentes, y se retiró con aire que anunciaba las malas consecuencias que podría tener aquel negocio.

Mi amo, que tenía bastante valor para un señor de su carácter, hizo poco caso de las amenazas de don Lope.

— ¡Gran tonto!, exclamó dando una carcajada. Los caballeros andantes sólo defendían la «sin par hermosura» de sus damas; pero éste quiere defender la «sin par honestidad» de la suya, lo que me parece empeño todavía más extravagante.

La retirada de Velazco, á la que en vano quiso oponerse Moncada, no descompuso la fiesta. Los caballeros, sin parar la atención en ello, prosiguieron alegrándose y no se separaron hasta el amanecer. Mi amo y yo nos acostamos á las cinco de la mañana. El sueño ya me rendía, y había hecho ánimo de dormir bien; pero echaba la cuenta sin la huésped, ó por mejor decir, sin nuestro portero, quien una hora después me vino á despertar y á decirme que estaba á la puerta de la calle un mozo que preguntaba por mí.

— ¡Ah, maldito portero!, dije bostezando, entre enfadado y dormido, ¿no consideras que sólo ha una hora que me acosté? Di á ese hombre que estoy durmiendo y que vuelva más tarde.

— Dice, respondió el portero, que tiene precisión de hablarte luego, porque es cosa urgente.

Levantéme á estas palabras, poniéndome solamente los calzones y una almilla, y echando mil pestes, fuí á ver lo que me quería el mozo que me buscaba.

— Amigo, le dije, ¿qué negocio tan urgente es el que me proporciona la honra de verte tan de mañana?

— Una carta, respondió, que tengo que entregar en mano propia al señor don Matías, y es preciso la lea cuanto antes. Su contenido es de la mayor importancia, y así te ruego que me lleves á su cuarto.

Persuadido de que debía ser alguna cosa de gran consecuencia, me tomé la licencia de ir á despertar á mi amo.

— Perdona V. S., le dije, si le vengo á interrumpir el sueño; pero la importancia...

— ¿Qué diantres me quieres?, dijo enfadado.

— Señor, dijo entonces el mozo que me acompañaba, es una carta de don Lope de Velazco, que debo entregar á V. S.

Incorporóse don Matías, tomó el billete, leyóle, y dijo con mucho sosiego al criado de don Lope:

— Hijo, yo nunca me levanto hasta mediodía, aunque me conviden para la mejor diversión del mundo: ¡mira ahora si me levantaré á las seis de la mañana para ir á reñir! Dile á tu amo, que como me espere hasta las doce y media en el sitio que me dice, seguramente nos veremos en él; dale esta respuesta.

Y diciendo esto, volvióse á echar y tardó muy poco en quedarse de nuevo dormido.

A las once y media se levantó y vistió con grandísima pachorra. Salió de casa diciéndome que por aquella vez me dispensaba de seguirle; pero yo no pude resistir á la curiosidad de ver en lo que paraba aquel negocio. Fuíme tras de él á lo largo hasta el Prado de San Jerónimo, donde vi á lo lejos á don Lope de Velazco, que le estaba esperando. Escondíme donde sin ser visto pudiese observar á los dos, y vi que se juntaron y que un momento después comenzaron á reñir. Duró mucho la pendencia, peleando uno y otro con mucha destreza y con igual valor; pero al fin se declaró la victoria por don Lope,

quien de una estocada pasó de parte á parte á mi amo, dejándole tendido en tierra, y huyendo muy satisfecho de haberse vengado. Corrí acelerado á don Matías; halléle sin sentido y casi muerto: espectáculo que me enterneció tanto, que no pude menos de echar á llorar por ver una muerte para la cual, sin pensarlo, había yo servido de instrumento. En medio de esto y de mi justo sentimiento, no dejé de pensar en hacer lo que me importaba. Volvíme al punto á casa sin hablar palabra á nadie. Hice mi hatillo, en el que por inadvertencia metí también algunas cosas de mi amo, y luego que lo llevé á casa del barbero, donde tenía guardado el vestido de que usaba en mis aventuras, esparcí la voz de la desgracia que había sucedido, siendo yo testigo de ella. Contéla á quien me la quiso oír, pero sobre todo fuí á contársela á Rodríguez. Este, menos afligido que solícito en tomar las providencias oportunas, juntó á todos los criados de don Matías, mandóles que le siguiesen, y fuimos todos al lugar de la pelea. Levantamos á don Matías, que aún respiraba; llevámosle á casa, y al cabo de tres horas murió. Tal fué el trágico fin del Sr. D. Matías de Silva, mi amo, por el imprudente gusto de leer papeles amorosos fingidos por él.

CAPÍTULO IX

Del amo á quien Gil Blas fué á servir después de la muerte de don Matías de Silva

Hecho el entierro de don Matías, fueron, pasados unos días, pagados y despedidos todos sus criados. Yo establecí mi morada en casa del barberillo, con quien empezaba á contraer estrechísima amistad. Prometíame estar allí con más gusto y mayor libertad que en casa de Meléndez. Como me hallaba con algún dinerillo, no me dí prisa á buscar nueva conveniencia, y por otra parte me había hecho muy delicado sobre este particular. Ya no gustaba de servir á gente común y plebeya, y aun entre la noche quería examinar bien el empleo que me quería dar. Aun el mejor no me parecía sobrado para mí, persuadido de que todo era poco para quien había servido á un caballero rico, mozo y elegante. Esperando á que la fortuna me ofreciese una casa cual yo me imaginaba merecer, juzgué que no podía emplear mejor mi ociosidad que en dedicarme á obsequiar á la bella Laura, á quien no había visto desde el día en que nos desengañamos los dos tan graciosamente. No me pasó por el pensamiento volver á vestirme á lo César de Ribera. Sería una grande extravagancia disfrazarme ya con aquel traje, y más cuando mi propio vestido era bastante decente, pudiendo pasar por un término medio entre don César y Gil Blas, sobre todo hallándome bien calzado, peinado y afeitado con ayuda de mi amigo el barbero. En este estado fuí á casa de Arsenia y encontré á Laura sola en la misma sala donde en otra ocasión le había hablado. Exclamó luego que me vió.

— ¿Qué milagro es este? ¿Eres tú? Paréceme que sueño, porque te creí muerto ó que te habías perdido. Hace siete ú ocho días que te dije que podías venir á verme; mas á lo que veo no abusas de la libertad que te conceden las damas.